

La Casa Histórica de Tucumán y el Arte de jugar de Nora Iniesta.

Paredes gruesas, de adobe, quebracho para las vigas y techos de caña cubiertos con tejas rojas. Puertas y postigos azul de Prusia. La casa con tres patios y dos pozos, seguramente pintada a la cal, es sencilla, de una sola planta, como solían ser las viviendas de la época. Exhibe sin embargo – lujo inesperado para una construcción doméstica – un gran portal barroco con molduras, cornisas, y dos columnas salomónicas que representan la fuerza y la estabilidad. El continuo movimiento sugerido en sus giros helicoidales define al portal en su armoniosa belleza (herencia hispánica) y otorgan a la casa un sello inconfundible.

Esa casa, en San Miguel de Tucumán albergó todo un país. El nuestro. Todavía no se llamaba Argentina. Éramos las Provincias Unidas de Sud América, allí llegaron casi todos sus representantes. Fueron largos viajes; en diligencias, lentas carretas, a caballo. En el ámbito principal de la vivienda (se había derribado una pared que dividía sala y comedor) reunidos en Congreso, juraron la Independencia, en el acto fundacional de nuestra República.

En 1868, el fotógrafo Ángel Paganelli, tomó la imagen – junto a otras “vistas” de la ciudad de Tucumán – con una técnica que aun causaba asombro. Así rescató para la historia, la casa original que, después de varias transformaciones pudo reconstruirse tal como había sido en tiempos de la Independencia. Lo hizo el arquitecto Mario J. Buschiazzo en 1941, quien amplió la foto del portal y, calculando que la cámara “estaría a mas o menos a 1,40 m. del suelo, y buscando los puntos de fuga de la perspectiva... se pudo reconstruir exactamente el plano de la fachada.”
¿En que pensaba la artista cuando imaginó que con piezas encastradas podía representar esta fachada en una originalísima instalación a gran escala? No lo sabemos, la creación de una obra es secreto de artista, pero

en la construcción lúdica de este ícono de nuestra identidad una vez más Nora Iniesta rinde homenaje al país.

Ha sido un trabajo de ingeniería, diseño, tecnología e imaginación. El gozoso resultado para el que se empeñaron 90 días y unas 30.000 piezas, a pesar de su complejidad, nos recuerda con ternura, la tarea escolar de armar con las plantillas del viejo Billiken, cartulina y engrudo, el célebre Monumento.

El arte visual contemporáneo está cada vez más ligado al juego, abierto a todos los soportes y materiales, a todas las expresiones y experiencias.

Creo que nos incita a acercarnos, más que a tomar distancia, a interrogarnos más que a buscar respuestas. Con la certeza de que el arte suma a la vida sentimientos y pensamientos.

Es en el juego de la reproducción de los símbolos de la argentinidad, desde el sutil grabado hasta el armado de obras con piezas de encastre, como objetos de devoción, en la insistencia del azul y el blanco, que ella descubre tanto en lo oculto como en los objetos cotidianos donde se confirma un estilo único y una especial belleza. En cada obra encontramos la originalidad de Nora Iniesta y las claves de su humor y sin duda, de su amor por nuestra Patria.

Canela

(Gigliola Zecchin)

Buenos Aires, Enero 2016